

ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

TRATADO VII

BASES DE MEDITACIÓN EUCHARÍSTICA

*Breves y devotas meditaciones doctrinales, morales,
históricas y ascéticas sobre la
Santa Eucaristía.*

*Mementote mirabilium ejus.
Tened presentes sus maravillas.
Ps. CIV, 5.*

PREÁMBULO

De conformidad con el título del presente Tratado, publico unos puntos de meditación sobre el Sacramento del Altar para dar cima á la parte IV, y término á la *Enciclopedia de la Eucaristía*. Serán breves, por cuanto constituyen sólidas bases de meditación, mejor que meditaciones propiamente dichas, las cuales bases podrá el devoto del Sacramento ampliar en su mente cuando se ponga á meditar. Para su mayor claridad y sencillez distribuyo cada meditación en dos puntos. Que hay en general necesidad de meditar, lo afirman las sagradas Escrituras cuando aseguran que el mundo está completamente desolado porque no se encuentra nadie que medite de corazón (1); y en consecuen-

(1) Jerem., XII, 11.

cia, que hay necesidad de ponderar las finezas de Cristo Jesús Sacramentado, se comprende por el mandato del Señor, cuando advierte que recordemos y tengamos siempre presente el beneficio de la Eucaristía (1) para que por su medio no olvidemos ninguno de sus beneficios. Anímese, por lo tanto, el lector á las meditaciones siguientes, y procure detenerse siquiera un ratito en su ponderación, y yo le prometo que tocará muy en breve sus efectos saludables.

MEDITACIÓN I

Por qué razón el Salvador quiso instituir la Divina Eucaristía.

Imagínate al dulcísimo Jesús predicando en medio de la plaza á los cafarnaítas, á quienes anuncia que les ha de dar un Pan bajado del cielo para sustento de sus almas.

Punto I.—Considera que nuestro amante Jesús derramó su preciosa sangre en infame patíbulo para obtener varios y supremos fines: 1.º para librarnos de la muerte eterna; 2.º para otorgarnos libertad perfecta, arrancándonos de las manos de Luzbel; 3.º para concedernos la vida y costumbres de hijos de Dios; 4.º para abrirnos las puertas del cielo y coronarnos un día de gloria, si nuestras obras lo mereciesen. Como dulce é imperecedero recuerdo que despertase continuamente la memoria de tanto beneficio, el Salvador quiso instituir el Sacramento por antonomasia, en el cual quedóse Él mismo por modo singular é inefable. «Nos amó eternamente,» según Él mismo lo había declarado; y este amor inmenso, á la manera que el sol imprime su propio calor en los seres que le están presentes, quiso imprimirlo en sus hijos, de tal manera que, transformados en otros tantos soles de espiritual fulgor, lo irradiansen por todas partes, y los hombres conociesen á la vez el amor eterno que el Verbo divino había profesado á sus escogidos; este amor intenso lo

(1) Luc., XXII, 19.

cifró perfectamente en el sagrado círculo de la Divina Hostia para que por su medio pudiésemos participar de este santo amor y llegásemos á ser unos é idénticos con Jesucristo.

Nuestro divino Maestro abrigaba, asimismo, en su bendito Corazón dos amores diferentes, que tendían á un mismo fin. El uno se dirigía hacia su Eterno Padre, y el otro hacia su Esposa la Iglesia; en ambas partes deseaba hallarse presente: en el cielo y en la tierra, para que en ambas se disfrutase de su amable compañía; pero esto no podía efectuarse porque, si iba al Padre quedábamos huérfanos, y si permanecía con nosotros, el Padre le necesitaba; quería partir y quedarse, y en medio de esta interior y trabajosa lucha, inventa admirablemente un prodigioso medio por el cual se quedaba con nosotros é iba al propio tiempo á su Padre; estaba en medio de la corte celeste y en medio de la terrestre; era el gozo y la dicha de los bienaventurados y la vida y consuelo de los viadores. ¡Ah! El Santísimo Sacramento fué el adecuado medio de que se valió Jesús para que el cielo y la tierra quedasen satisfechos.

Punto II.—Reanima tu fe, y recuerda que, siendo el divino Salvador el Monarca más poderoso de lo existente, pues con verdad se llama Rey de reyes, pensó dejar antes de partir de este mundo su regio testamento á favor de sus redimidos, y semejante decisión la tenía concebida ya desde la eternidad, según el salmista lo había insinuado: «Mandó desde la eternidad su testamento.» Esta inaudita legación debía ser dignísima de quien la mandaba, con la cual nos hiciera riquísimos y nos colmara de felicidad eterna y de gozo inmenso. Mas, ¿qué bienes nos dejó en testamento? ¿acaso un reino de este mundo? ¿acaso inagotables minas de oro deleznable? ¿por ventura perfecta salud, ó satisfacción de los apetitos sensuales? no, porque todo esto es muy poco para las riquezas de que Él disponía. Dejóse á sí mismo en testamento, habiéndose aprisionado en la Eucaristía, en la cual poseemos tesoros infinitos, á nuestra voluntad disponibles.

Nuestros pecados quitan la vida del alma y este Sacra-

mento nos da la vida; andamos entre tinieblas y este Manjar nos abre los ojos, como los abrió á los discípulos que iban á Emaús; estamos enfermos y esta Comida eucarística nos sana; vivimos tristes y el Sacramento del Altar nos concede celestial alegría. Ved por cuántas razones ha querido Jesús instituir este Misterio. Aprecia infinitamente á este Sacramento, pues es toda tu vida y tu regalo; medita mucho en sus inmensas ventajas, porque están escondidas á los que no las buscan, y se descubren á los que indagan por encontrarlas, siendo éste el firme propósito de la presente meditación, á saber: No dejar ninguna semana por meditar alguna belleza del Santísimo Sacramento.

¡Oh Señor Sacramentado! infundidme deseos de tener siempre en mi memoria la augusta Eucaristía, y dadme luz para que pueda meditar dignamente su grandeza. ¡Virgen Santísima! rogad por mí á vuestro Hijo para que esta petición alcance. Amén.

MEDITACIÓN II

De qué manera instituyó el Salvador la Divina Eucaristía.

Representate á Jesucristo, S. N., sentado á la mesa, y en derredor suyo á todos los apóstoles, incluso el traidor Judas, á quienes declara que va á instituir el más sagrado de los Misterios.

Punto I.—Examina que nuestro buen Jesús, después que hubo ordenado á sus discípulos que pusieran en la mesa el pan y el vino de la consagración, tomó á éstos en sus venerables manos, como dando á entender que su divina Persona sería apresada por los judíos para hacerla padecer infinidad de tormentos y la misma muerte, ya que por este motivo dijo al consagrar el pan: Éste es mi cuerpo que será entregado. Después, elevó los ojos al cielo para clavarlos en su Eterno Padre, y darle infinitas gracias porque le

había dejado conocer al mundo. Pondera, pues, en primer lugar que Jesús no obstante que podía darse á sí propio las gracias, las da á su mismo Padre, para manifestarnos que, al emprender cualquier obra, debemos tributar acciones de gracias á Dios, de quien recibimos todos los bienes, y la virtud para comenzar, proseguir y perfeccionar toda clase de obras; y en segundo lugar dió gracias para enseñarnos que las debemos dar muy cumplidas por el pingüe beneficio de este Sacramento pues no otra cosa significa la palabra Eucaristía. Además, Jesús practicó una sencilla bendición sobre el pan, antes de consagrarlo, como que lo preparaba para que fuese materia digna de la conversión eucarística, enseñándonos con esto que nuestros corazones, para ser convertidos á la gracia, necesitan indispensablemente la bendición del Todopoderoso; por manera que, si necesitamos de semejante bendición para que en nosotros habite el Espíritu Santo por la gracia, nos es mayormente necesaria para que more en nuestra alma el Cuerpo de Cristo Sacramentado.

Punto II.—Una vez que el Salvador hubo dispuesto de esta suerte el pan y el vino, con una voluntad absoluta y con un amor sin límites, pronunció las palabras de la consagración, y en aquel mismo instante la substancia de aquel pan quedó convertida en la substancia de su Cuerpo y la substancia del vino quedó también convertida en la substancia de su Sangre. He ahí por qué la omnipotencia del Salvador, con un solo querer, y usando de solas cuatro palabras, cambia el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, dejando de ser una substancia, para ponerse en su lugar otra muy diferente que no estaba, sin que por eso Cristo, S. N., haya sido transformado, cambiado, ó haya perdido algo de su divino Ser.

Mas Jesús, para convertir el pan en su cuerpo le partió primero, y, distribuyéndolo á todos los apóstoles, pronunció estas palabras: «Tomad y comed, porque Éste es mi cuerpo que será entregado por vosotros;» y luego, distribuyendo igualmente el santo caliz, les dijo: «Bebed de él todos, por-

que ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para perdón de sus pecados.» ¡Oh, cuánto amor se descubre en esta acción! ¡Qué fuerza de voluntad! qué gozo en distribuir á sus discípulos su Cuerpo y Sangre! Figúrate que el Salvador intentaba unirlos todos á su Corazón para que participasen de la misma Vida que á Él animaba; quería fortalecerles para que no se escandalizasen á la vista de su Pasión trabajosa; deseaba consolarles y manifestarles su vehemente cariño: ¿con cuánto amor, pues, no les daría su Cuerpo, y les diría: Tomad y comed, amigos? ¿Con cuánta satisfacción no les daría su Sangre y exclamaría: Bebed y embriagaos los muy amados? Pero medita, en último término, que el Hombre-Dios se dirige con particular afecto al traidor apóstol y le concede el Manjar celeste, diciéndole interiormente:—Mira, ingratisimo: Yo te doy mi carne y mi sangre para tu salud; y tú, desgraciado, las vas á pisotear, vendiéndolas para labrar tu propia condenación.—Cobra horror al pecado de Judas y haz propósito de comulgar con la mejor disposición de corazón, diciendo á su Majestad la oración siguiente: ¡Jesús de mi alma! dadme robusta fe para que yo pueda siempre creer en este excelso Misterio á fin de apreciarlo según el dictamen de vuestra santa voluntad y Él se merece.

¡Oh Madre de mi alma! por mediación vuestra espero obtener esta gracia en la cual pongo la base de todas mis creencias. Amén.

MEDITACIÓN III

Circunstancias de la institución eucarística.

Figúrate que te hallas en el Cenáculo, ricamente aderezado con hermosas colgaduras y profusión de luces, y que asistes con el Salvador y los apóstoles á la institución del Sacramento Santísimo.

Punto I.—Medita que Jesucristo, S. Nuestro, escogió el lugar del Cenáculo para instituir la santa Eucaristía con ob-

jeto de enseñarnos dos cosas principalísimas: 1.^a que este bellissimo Sacramento es tan excelso y magnífico, que merecía se instituyese, no en cualquier lugar, como lo ejecutó con los demás sacramentos de la ley evangélica, sino en casa de un riquísimo propietario, su secreto discípulo, y en el aposento mejor de la casa, preparado de antemano con magnificencia; y 2.^a que en consecuencia, los que nos preciamos de verdaderos católicos, conviénenos tratar á este S. Sacramento con todo el decoro posible, debiendo no ser pobres y mezquinos con el Dios-Hombre Sacramentado, ya que el Hombre-Dios se nos otorga plenamente, concediéndonos todas sus mejores gracias. Lo que Jesús exigió de su discípulo secreto, con mayor razón lo exige de nosotros que somos profesores públicos de su ley santa; por cuya razón, á ser posible, nada escasear debiéramos respecto á la decencia, ornato y esplendor del Misterio eucarístico, procurando estimularnos y aventajarnos en el celo por la gloria del Señor.

El Salvador instituyó de noche este bello Sacramento, no porque huyera de la luz, ni de la publicidad, sino para enseñarnos que la Divina Eucaristía es luz brillantísima, cuyos radiantes fulgores iluminan las tinieblas de la noche del alma; y así como Jesús es luz del mundo, y todo aquél que no es iluminado de su doctrina y de sus obras anda en tinieblas, así la Divina Eucaristía, en la cual reside corporalmente el Hijo de Dios, es luz de los hombres, á quienes presenta expeditas y alumbradas las vías de la actual peregrinación á ultratumba; y todo aquél que no cree en Ella, que no la aprecia, ó no la recibe con fe, anda tropezando en las tentaciones, cayendo en los desórdenes y sumiéndose en los vicios. Fué, además, instituída de noche, porque, siendo la noche encubridora fatal de conciliábulos secretos contra la Fe, y de enormes crímenes contra las costumbres sanas, brillase cual luciente faro en la noche moral de la sociedad, cuyos atentados contra la Iglesia fuesen descubiertos por su medio.

Punto II.—Jesús llevó á cabo la institución de la S. Eu-

caristía en ocasión de sus mayores angustias y de su más honda aflicción. No ignoraba que cuatro horas después los malvados hebreos, transformados en terribles hienas, habíanse de apoderar de su sagrada Persona y le habían de hacer sufrir tormentos indescriptibles y una muerte ignominiosa; conocía perfectamente las circunstancias todas de su pasión dolorosa; estaba sabedor de la traición del alevoso Judas, de la negación del tímido Pedro, y de la fuga de los cobardes apóstoles; y no se le ocultaba el desprecio de su sangre, llevado á cabo por los mismos á quienes prodigaba tantos amores; y no obstante, con un Corazón magnánimo, y salvando el gran monte de obstáculos, otorga su Cuerpo y su Sangre á los suyos; les amonesta, les anima, se goza con ellos y canta un himno de acción de gracias. Este Sacramento fué ciertamente el resultado de una grande alegría mezclada con una pena desconsoladora que inundaba el alma del Salvador en esos críticos momentos, que por este motivo debe ser más amado.

El mundo fué enriquecido con las dádivas del V. Sacramento cuando menos lo merecía. Jesucristo, Señor Nuestro, pensaba regalar sus carnes para alimento de los hombres, y los hombres maquinando la perdición de su Dios. Jesucristo instituyendo el Misterio del Altar, y los hombres buscando falsos testigos que depusiesen contra su Rey. ¡Qué amor el de Jesús! y ¡qué ingratitud la de los hombres! Jesús reta á sus enemigos, diciéndoles: Á ver si vosotros con vuestro desafecto hacia mí me aventajáis en el afecto que os profeso. Vosotros queréis despedazar este mi Cuerpo, pero Yo os lo regalo antes para que le comáis. ¡Qué amor, qué prodigio!

Haz propósito de meditar esta fineza cada vez que veas al Santísimo Sacramento, y mientras tanto, di á su divina Majestad esta fervorosa plegaria: ¡Jesús de mi corazón! Os adoro rendidamente y os doy gracias por tanto amor. Haz que os corresponda como debo. Y Vos, ¡oh Madre de Dios! alcanzadme las gracias que necesito para lograr este buen deseo. Amén.

MEDITACIÓN IV

El Omnipotente, determinando instituir el Misterio eucarístico.

Imagínate á las tres divinas Personas conferenciando sobre la idea, el tiempo y el modo de otorgar á los hombres el Sacramento de los altares.

Punto I.—Piensa que, estando dispuesta desde la eternidad la venida de Cristo, N. Señor, al mundo, y por consiguiendo la institución de la Santísima Eucaristía, quiso el Altísimo anticipar su realización por medio de símbolos adecuados, con los cuales se entreviese la belleza del V. Sacramento. Á este fin, *el árbol de la vida*, plantado en medio de los vergeles del paraíso, que producía doce frutos, cada mes el suyo; *el maná*, substancia blanquísima, que sabía á todos los gustos apetecibles, y el *Cordero pascual*, sacrificado en el altar por los pecados del pueblo, y comido juntamente con lechugas amargas, significaron perfectamente á la Divina Eucaristía en sus pingües efectos. El *pan* del que comió el profeta Elías y con el cual quedó sustentado para poder caminar durante cuarenta días hasta llegar al monte de Dios; *la harina de la pobre viuda*, que aumentó en su misma casa, y la *multiplicación de los panes*, obrada por el Salvador, con otros emblemas menos interesantes (1), denotaron la eficacia de la Comunión sacramental y la real presencia de Jesucristo en las Hostias consagradas.

Pondera con atención esta magnífica gracia del Eterno, quien, para manifestar la suma excelencia del Sacramento, quiso figurarlo en todos los siglos; y desde Abel, que fué el primer símbolo de la Eucaristía, hasta el milagro referido de la multiplicación de los panes, no faltó época en que el Om-

(1) Véanse explicados en el tomo I de esta Obra. Trat. I.

nipotente no declarase por medio de símbolos alguna ó muchas de las glorias eucarísticas. ¡Cuán admirable es el Señor que se dignó hacer que el mundo creyente vislumbrase de algún modo el Sacramento Santísimo! Otros muchos Sacramentos confiesa y posee la Religión Católica que no les precedieron figuras, sin duda porque no fué preciso ni son tan altísimos como el de la Santa Eucaristía. Ésta, como centro de la Religión, fué conveniente y necesario que los emblemas eucarísticos la precedieran, cual extraordinarias señales de su existencia futura.

Punto II.—No se satisfizo el Altísimo con los símbolos referidos, sino que ordenó, además, que los patriarcas y profetas, nobles adelantados, fuesen, en la sucesión de los siglos, pregonando las bellezas del convite eucarístico, vaticinando su institución, su esencia y sus efectos, considerados en los aspectos individuales y sociales. Moisés predijo este Divino Misterio al describir el Sacrificio de Melquisedec, los panes de la proposición, el fuego perpetuo que ardía en el altar, y sobre todo, el Arca de la Alianza, preciosa figura del adorable Sacramento. Salomón lo vaticinó al revelarnos la Casa que para sí edificó la Divina Sabiduría. Isaías lo anunció al manifestarnos que vendría tiempo en que de las fuentes del Salvador se extraería el agua de la vida eterna; en que por las cumbres de los montes correrían muchos ríos de purísimas aguas; y en que el Salvador llegaría á estar en medio del pueblo cristiano. Jeremías dijo de este excelso Misterio que embriagaría de grosura el alma de los sacerdotes. Abdías y Sofonías, que estaría en medio de la Iglesia; y Malaquías, que en todo lugar se ofrecería la inmaculada Hostia del Sacrificio eucarístico. Pero David, ilustrado por el Eterno de un modo especialísimo, habla de la Eucaristía, no ya á modo de profeta, sino á manera de apóstol, elogiándola de este modo: «Y el cáliz que me embriaga, ¡cuán excelente es! gustad y ved cuán suave es el Señor.»

Forma concepto elevadísimo del Sacramento Santísimo, porque dicta la razón que si el Señor dispuso de tantos

preparativos para instituirlo es porque en grandeza supera á las demás cosas criadas, y adquiere en tu corazón sólido afecto y aprecio verdadero á tan alto Sacramento, haciendo firme propósito de no desestimar jamás este gran medio de salvación.

¡Oh Jesús de mi vida! arrojad sobre mi alma una flecha de vuestro amor para que sepa como conviene apreciar la santa Eucaristía. ¡Oh María, auxilio de los cristianos! Conducid Vos misma esta divina flecha y pueda yo sentir sus decisivas influencias. Amén.

MEDITACIÓN V

El Omnipotente, determinando instituir el excelso Misterio del Altar.

(Continuación.)

Representate al Verbo de Dios humanado consultando con las otras dos divinas Personas sobre la manera de crear un bello compendio de las maravillas divinas.

Punto I.—Observa que el Ser que, estando en el seno del Padre, tocaba los montes y humeaban; y que, hecho hombre, lo mismo andaba sobre las aguas, que se transfiguraba en el Tabor, deseaba formar un compendio de su poder, y cifrarlo en un Sacramento que admirase más que todos los demás prodigios suyos. Pondera, pues, cómo hace el último esfuerzo de su omnipotencia y deposita sus tesoros infinitos en la Sagrada Eucaristía. Nada se reservó para sí, ni para el cielo; todo lo dió á nosotros. Su ilimitada sabiduría quiso encerrarse también en el estrecho círculo del Sacramento. ¡Qué hermosura la de la creación con todos sus variados encantos y armonías arrobadoras! Y el admirable mecanismo del compuesto humano, y la maravillosa posición y curso de los astros, y la portentosa fecundidad del suelo, la sucesión de los días y las noches y las estaciones; ¿no pregonan la sabiduría del Eterno? ¡Ah! Si tan admirable es el universo, infinitamente más es el adorable Sacramento del